

Estudio Adicional

EL SECRETO BÍBLICO DE LA PROSPERIDAD FINANCIERA

por Robert Costa

La Biblia predice con claridad la caída de los sistemas terrenales: religiosos, políticos y financieros. Quienes depositaron sus esperanzas en Babilonia tendrán la posibilidad de llorar y lamentar su derrumbe (véase Apocalipsis 18:1-19). Los que temen un colapso económico están en lo cierto, ¡pero no de la forma en la que ellos creen!

Sin embargo, la Biblia no condena la riqueza. Hay muchas historias de Jesús relacionadas con el dinero, y Dios estableció un plan para que lo usemos con sabiduría en tanto esperamos su Segunda Venida. Muchas personas tienen una idea completamente distorsionada de nuestro Creador. Parecería que lo ven como un pobre mendigo, que está con la mano extendida para que sus hijos le den una limosna. Dios no es pobre. Es el dueño del mundo entero.

Dios dice en Salmo 50:10-12 que todo le pertenece. Hace una rotunda afirmación: “Si yo tuviere hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud”.

¿Por qué todas las cosas le pertenecen a Dios? Incluso tú y yo le pertenecemos por tres razones. En primer lugar, él nos creó. En segundo lugar, nos compró con la muerte de Cristo en el Calvario. En tercer lugar, él es nuestro sustentador. No podríamos inhalar un solo respiro sin su poder sustentador.

Malaquías 3:8-11 proporciona un plan para los hijos de Dios. Si siguen ese plan, podrán ser socios de Dios, aportando los medios para culminar su obra y proporcionando la estabilidad financiera del pueblo de Dios. Ese plan se conoce como “diezmo”. A los que colaboran con Dios se les promete que se les abrirán las ventanas de los cielos y se les derramarán bendiciones tan abundantes que excederán su capacidad de absorberlas. Jesús afirma en Mateo 23:23 que esa práctica debía continuar en sus días.

El plan divino es justo y razonable. Quien gana mucho dinero debe devolverle una suma mayor a Aquel que lo sustenta y le proporciona la prosperidad. El que gana poco, debe devolver poco. El que no gana nada, nada tiene que devolver, porque el diez por ciento de nada es nada.

En 1 Corintios 9:13, 14 Pablo se refiere a los sacerdotes del Antiguo Testamento, afirmando que las ofrendas del templo los mantenían financieramente. Se refiere a un principio establecido en Números 18:21. Si todos siguieran el plan de Dios se evitarían los escándalos fuera de lugar que suceden en algunas iglesias cristianas.

Muchas iglesias gastan más energía en la recaudación de fondos que en la ganancia de almas. Entre sus actividades hay bingos, eventos sociales, cenas y hasta loterías. En algunas iglesias la cocina se ha vuelto más importante que el púlpito. ¡Hay fuego en el horno de la cocina, aunque con mucha frecuencia no hay fuego en el púlpito!

En el libro de Malaquías, Dios hace un desafío. “Probadme”, dice. Y promete que será generoso con los que sean generosos con él. Lucas 6:38 afirma que los dadores recibirán “medida buena, apretada, remecida y rebosando”. Dios promete que con la misma medida que damos, volveremos a recibir.

Muchos pueden afirmar con conocimiento de causa que quienes son fieles a Dios tienen sus necesidades financieras cubiertas. La experiencia ha demostrado que eso es así, sin excepciones. A través de la historia, innumerables relatos nos hablan de personas que fueron fieles a Dios y recibieron sus bendiciones en forma milagrosa. Así sucedía en los tiempos bíblicos. Y así sucede en la actualidad.

En Salmo 37:25 el salmista describe su experiencia de vida, y afirma que nunca vio a los hijos de Dios desamparados o en bancarrota. Está comprobado que nueve dólares con la bendición de Dios tienen más poder de compra que diez dólares sin esa bendición. Cuando devolvemos nuestros diezmos no estamos dando de lo que es nuestro. Tan sólo estamos devolviendo la parte que le pertenece a Dios.

La contabilidad divina es muy diferente a la nuestra. Un hecho de la vida de Jesús ilustra este principio.

Lucas 21:1-4 cuenta que una viuda tenía dos blancas. Los discípulos vieron como el rico hacía su generoso donativo para las arcas del templo. Luego vieron como la pobre viuda entregaba tímidamente dos moneditas. Jesús les dijo que la viuda había dado más que todos los otros. ¿Cómo podrían esas dos insignificantes monedas valer más que las enormes sumas que habían donado los acaudalados? La explicación de Cristo fue que, a diferencia de los demás dadores, la viuda había dado todo lo que tenía. A la vista del cielo lo importante no es la suma, sino la motivación.

1 Corintios 4:2 presenta lo que Dios requiere de sus seguidores. En una época de materialismo, cuando los hombres le otorgan un valor tremendo a la obtención egoísta de riquezas, Dios busca a quienes estén dispuestos a entregarse de manera tal que hasta sus bolsillos se conviertan. Dios exige que sus administradores sean fieles.

Jacob nunca se había sentido tan solo y destituido --y todo era porque había sido errante y avaro. Primero, Jacob había sobornado a Esaú, su hermano mellizo mayor, a que vendiese su primogenitura. Luego, con la ayuda de su madre, engañó a su padre ciego, Isaac, a que pronunciara la bendición paterna que por derecho correspondía a Esaú.

Ahora Jacob estaba huyendo del hogar, en parte para escapar de las amenazas de muerte de su hermano ofendido. El inclinó su cabeza y lloró al darse cuenta que todos sus planes avaros le estaban resultando al revés. Solitario en el desierto, con solamente una piedra por almohada y un bastón para protección, Jacob trató de descansar. El se preguntaba si podría ver alguna vez a sus padres nuevamente --y si Dios le perdonaría. Exhausto, Jacob se dejó arrastrar por el sueño. Repentinamente, en un vívido sueño, se encontró bañado por un brillante resplandor. Vio una luz resplandeciente proveniente de los cielos abiertos, con una hermosa escalera que se extendía desde la gloria de arriba hasta la tierra. Había incontables ángeles brillantes que subían y bajaban la escalera.

Entonces Jacob escuchó al Señor hablar desde el cielo prometiéndole bendecirlo en su viaje. El Señor, además, confirmó a Jacob el mismo pacto que había hecho con Abrahám e Isaac. Cuando despertó, Jacob cayó sobre sus rodillas e hizo un voto de abandonar sus caminos avaros. Prometió: "De todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti". Génesis 28:22.

Dios aceptó este voto y abrió las ventanas de los cielos para que cuando Jacob regresara a su casa, 20 años más tarde, llegara a ser un hombre muy próspero y generoso.

UNA AVENTURA DE FE CON DIOS

El diezmo es una décima parte de las entradas de una persona. De hecho, la palabra "diezmo" simplemente significa "un décimo". Abrahám, el abuelo de Jacob, dejó el ejemplo muchos años atrás, al dar el diezmo a Melquisedec, sacerdote de Dios. Técnicamente, 100 por ciento de todo lo que tenemos pertenece a Dios.

En el Antiguo Testamento, Dios ordenó que el diezmo fuese utilizado para el mantenimiento de los levitas, quienes eran sus ministros. En 1 Corintios 9:13, Dios dice que así como los levitas de antaño eran pagados por el diezmo del templo, de la misma manera los ministros hoy deben ser pagados del diezmo dado a través de la iglesia. Estos principios existieron desde el mismo comienzo. Abrahám y Jacob dieron una décima de sus entradas a Dios, mucho antes que la ley de Moisés fuera dada. Debido a que es anterior al Sinaí, sabemos que no era parte de las leyes ceremoniales que terminaron en la cruz. La ley del diezmar es un plan de Dios para el sostén del ministerio, y permanece en efecto hoy.

Jesús vio que los codiciosos fariseos estaban contando las hojas y las pequeñas semillas para diezmar en vez de llevarlas al templo en bushels. Por lo tanto, él los amonestó por ser tan exactos en el diezmo mientras faltaban en el juicio, fe y misericordia. El no los condenó por diezmar, sino por ignorar los otros grandes principios del cristianismo. Es por eso que Jesús dijo, "Esto era necesario hacer [hablando del diezmo], sin dejar de hacer aquello".

Hoy Dios nos está diciendo: "Si tienes dudas, intenta diezmar como un experimento. Pruébame, y ve si no te regreso una bendición mayor de lo que puedes recibir". Millones de personas que diezman le dirán que esto es verdad. ¡Usted no puede dar más de lo que él da!

Algunos se preguntan ¿qué es el alfolí que Dios menciona? El alfolí es la tesorería de la iglesia de Dios (el margen de la biblia --en inglés-- hace equivaler "tesorería" con "alfolí"). En Malaquías 3:10, Dios se refiere al alfolí como a "mi casa", que significa su iglesia o templo. Otros textos que se refieren al alfolí como el templo, tesoro del templo, son 1 Crónicas 9:26 (ver el margen); 2 Crónicas 31:11, 12 (ver el margen); y Nehemías 10:37, 38. Así que es obvio que el alfolí es la tesorería de la iglesia de Dios.

Necesitamos siempre recordar que no estamos regresando nuestro diezmo a la gente sino a Dios. Pertenece a él. No necesitamos preocuparnos acerca de cómo es utilizado el diezmo, si lo damos a Dios. El es suficientemente grande para cuidar de su propio dinero y de manejar en forma apropiada a cualquiera que sea irresponsable en el manejo de sus fondos.

Además del diezmo el Señor nos pide que demos ofrendas voluntarias como una expresión de nuestro amor por él y nuestra gratitud por sus bendiciones. La Biblia no especifica una cantidad. Cada persona decide cuanto dar en ofrendas voluntarias, de acuerdo a como Dios le impresione.

Antes del pecado, como muestra de obediencia y lealtad, Dios le dijo a Adán y a Eva que ellos podían comer del fruto de todos los árboles del huerto, excepto uno --el árbol del conocimiento del bien y del mal. Ellos no debían comer de ese árbol ni tocarlo, o morirían. Dios no puso un cerco eléctrico alrededor del árbol. Mas bien lo colocó donde ellos lo pudieran alcanzar y tomar de su fruto. Y lo hicieron, porque no confiaron en Dios. Hoy Dios nos presenta la misma prueba. El dice, "Tú puedes guardar todo el dinero que recibes, excepto una décima. Ese dinero es mío. No lo tomes". Sin embargo, él lo deja donde podemos alcanzarlo y tomarlo, si lo deseamos. Pero cuando lo hacemos, repetimos el pecado de Adán y Eva. Dios no necesitaba la fruta de este árbol especial. Era una prueba de lealtad. Tampoco él necesita nuestro diezmo. ¡El es dueño de todo! Es una prueba de nuestro amor, lealtad y confianza.

Dios dice que aquellos que a sabiendas son infieles en el diezmo y las ofrendas, son ladrones. Es malo cuando robamos a otros, ¡pero es terrible robar a Dios! También es difícil de

creer que una persona caiga tan bajo al punto de robar el dinero que Dios ha designado para la propagación del evangelio a los perdidos. Los que no son fieles en los diezmos y las ofrendas están bajo maldición, y a menos que cambien, serán excluidos del reino de Dios por ladrones.

La codicia es letal, porque nuestro corazón va detrás de nuestras inversiones. Si mi blanco es acumular más y más dinero, mi corazón llega a ser más codicioso, avaro y orgulloso. Pero si mi blanco es hacer avanzar la causa de Dios, mi corazón llega a ser compasivo, amante liberal y humilde. Nuestros corazones estarán donde está nuestro tesoro. Nunca debiéramos olvidar que fue la codicia y el amor al dinero lo que condujo a Judas a traicionar a Jesús por 30 piezas de plata (Mateo 26:14-16).

Jesús posiblemente siente tanto como un padre podría sentir cuando un hijo le roba dinero de su cartera. Perder dinero no es el mayor asunto. Sino más bien, es la falta de integridad, el amor y la confianza del hijo lo que causa un profundo chasco. Por cierto ninguno de nosotros querrá herir el corazón de nuestro Salvador.

Nunca debiéramos olvidar que Dios es dueño de todos los recursos, él nunca ha de faltar a los que confían en él. Nueve décimas de mis ingresos con la bendición de Dios, serán más que diez décimas sin ella. Cuando Dios abre las ventanas de los cielos, sus bendiciones no siempre son financieras. Puede incluir cosas tales como buena salud, paz mental, oraciones contestadas, protección, una relación cercana y de amor en la familia, fortaleza física, habilidad para hacer decisiones sabias, un caminar más cercano con Jesús, éxito en la ganancia de almas, un auto viejo que aún siga andando, etc. Si verdaderamente amamos a Jesús, el dar con sacrificio para su obra nunca será una carga. Mas bien, es una bendición --un glorioso privilegio que lo haremos con gran gozo y satisfacción.

Jacob vio una escalera que unía el cielo con la tierra, la cual simbolizaba al Hijo del Hombre. En Malaquías 3:10, Dios dice que si traemos todos los diezmos al alfolí, él nos abrirá las ventanas de los cielos y derramará bendiciones hasta que sobreabunde! Jesús es esa bendición. Es por eso que siempre debiéramos recordar que cuando Jesús tiene nuestro corazón, tiene todo lo demás.